

Resumen de la segunda conferencia de don Gerardo Matamoros

Este pensamiento de Amado Nervo nos servirá de motivo para la conversación de esta noche: "Asombra pensar lo que sería nuestro planeta si todos los humanos estuvieran educados para el amor, en vez de estar educados para el egoísmo y hasta para el odio." Efectivamente, si el hombre en vez de ser el enemigo del hombre practicara la fraternidad, las relaciones sociales serían de una armonía envidiable. La humanidad dividida en dos, explotadores y explotados, vive en constante guerra por incomprensión de lo que debe ser la finalidad de la vida. Los dos extremos de la existencia son de una igualdad casi absoluta: el hijo del rico y el del pobre son al nacer igualmente indefensos; colocados juntos no se hacen daño; al morir, el cuerpo del pobre se descompone entre su humilde fosa de tierra como el del rico entre el lujoso mausoleo ¿Por qué si las leyes naturales nos igualan ineludiblemente al nacer y al morir nos distanciamos tan torpemente mientras vivimos? La incomprensión de los explotadores se manifiesta estrujando a sus hermanos para acumular riquezas que aquí quedan cuando se mueren; la existencia, tan corta, en lugar de vivirla intensamente para el bien y el amor la infaman con la crueldad. La incomprensión de los explotados llega hasta desconocer que con sólo unirse rompen las cadenas que los oprimen.

En la vida son lógicas ciertas desigualdades que caben dentro de la más perfecta fraternidad: no son iguales el ilustrado y el ignorante, el inteligente y el torpe, el fuerte y el débil; pero así como estas desigualdades que pueden encontrarse entre los hijos de una misma madre, no los desliga de su condición de hermanos carnales, así los miembros de la familia humana deberíamos vivir ligados por los lazos de la fraternidad. Hay más, los que vienen a este mundo dotados de las especiales ventajas sobre los demás, deberían considerarse obligados a ejercer sus poderes ayudando a sus semejantes. Nada hay en la vida que produzca una satisfacción tan intensa como enjugar una lágrima, aliviar un

dolor o dulcificar una amargura; pero los enfatuados por la riqueza o el poder, tienen encallecido el corazón, embotado el sentimiento y por eso se ven privados del inefable placer de hacer el bien; el egoísmo los aísla de sus semejantes; son fieras que desacreditan a la especie. De alma monstruosa, llevan su crueldad hasta dilapidar en vicios y derroches estúpidos lo que roban a sus víctimas; la vana pretensión de parecer superiores a quienes explotan, los conduce hasta el extremo de sentar sus lujos y su boato sobre una base de lágrimas y de dolor.

Y este cuadro de dolor perdurará mientras las clases explotadas no se resuelvan a unirse para exigir un cambio de sistema en la distribución de los provechos de las actividades colectivas. El obstáculo mayor para llegar a este fin lo constituye la ignorancia de las masas; debemos pues, dedicarnos tesoneramente a ilustrarlas, a despertar su dormida conciencia, a demostrarles que el remedio lo tienen en la mano. Esto no es tan difícil como parece; con un hecho reciente os lo voy a demostrar: en una discusión sostenida entre un acaudalado agricultor y uno de sus peones se me permitió terciar; decía el patrón que por la baja del café se veía obligado a rebajar veinticinco céntimos diarios al sueldo de los peones, y el campesino se dolía de esa injusticia que aumentaba sus dificultades; tomando parte en la discusión dije al rico: cuando el café tenía un elevado precio usted no convidó a sus peones con las pingües utilidades que obtuvo y ahora pretende echar sobre estos infelices que lo han hecho rico con su trabajo todo el peso de la baja del precio; cuando el precio fue excesivamente bueno usted vivió con lujo y acumuló riquezas y ahora, quiere seguir dándose la gran vida y derrochando a costa de la miseria de sus peones. El tormento está condenado por la civilización, y usted, moderno Torquemada, lo aplica con más crueldad; las víctimas de aquel fraile perverso sufrían horriblemente, pero morían en un espacio relativamente corto, y usted condena a sus trabajadores al suplicio lento de la miseria y

más aún, lo prolonga a los hijos de sus víctimas, porque los hijos de sus peones van a sufrir la miseria fisiológica a consecuencia de una nutrición insuficiente. Mientras usted bota dinero en champán, a los hijos de sus peones les falta el agua dulce; su lujo y sus vicios se mantienen a expensas del hambre y la desnudez de sus trabajadores ¿y pretende usted seguir llamándose hombre honrado? La memoria de Torquemada será eternamente maldita y usted se horroriza de que lo comparen con él; y sin embargo su crueldad es mayor todavía, con el agravante de que la practica con hipocresía. Usted para hacerse pasar por buen cristiano se muestra espléndido al contribuir a la ostentación y al boato de su culto, y se ha olvidado de aquella sublime sugestión: "AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS", que es piedra angular de las prédicas del Rabí de Galilea. Abuse usted de su ausencia de buenos sentimientos; acostumbre a sus hijos a ser lujosos y a derrochar el dinero que malamente arrebatan a los hambrientos chiquillos de sus peones, pero tenga entendido que hay una justicia eterna que flota en el ambiente y aunque sólo sea utilizando su conciencia, lo habrá de castigar con el remordimiento. Volviéndome al peón le dije: ustedes también merecen responsabilidad en estas injusticias porque no se unen para ejercer el poder de la presión colectiva. Usted debe llamar a su patrón en presencia de sus compañeros y decirle: «Por qué cuida su caballo y su vaca? los cuida para que el caballo lo lleve sobre sus lomos y para que la vaca le dé leche; cuídeme a mí que llevo sobre mis hombros el peso de sus gastos; cuídeme a mí que le doy la leche de mis esfuerzos; sea justo, sea humano, no me coloque detrás del caballo y de la vaca, preocúpese de que yo vuelva cantando a mi hogar y encuentre a mi esposa y a mis hijos contentos; hágame feliz y yo que soy un animal consciente, le pagaré con mi gratitud, le daré con amor mi cooperación, me interesaré por la mejora de sus bienes; trátame como hermano inferior, pero siempre como hermano; y sin hacer sacrificios, disfrutará de la satisfacción de que yo le deba mi felicidad.

La discusión terminó y poco después volvió a buscarme el campesino y llorando de emoción me decía: señor jamás he oído hablar así; cómo le tapo

Pasa a la página cuatro